

*Sobre el carácter de los cinetenses*

Ya que entre todos los griegos los arcadios conservan en general cierto concepto de virtudes, no sólo por la hospitalidad, dulzura de costumbres y método de vida, sino principalmente por el respeto a los dioses, será del caso disertar brevemente sobre la ferocidad de los cinetenses, y preguntar cómo siendo también éstos arcadios sin discusión, excedieron tanto en aquella época al resto de Grecia en inhumanidad y perfidia. En mi concepto no es otra la causa que el haber sido los únicos que primero abandonaron las máximas establecidas con tanta prudencia por sus mayores y adaptadas a la inclinación de todos los pueblos de la Arcadia. Por ejemplo, la música (hablo de la verdadera música) es un ejercicio útil a todo hombre, pero a un arcadio es necesario. Pues no debemos presumir que la música, como dice Éforo en el prólogo de su obra tomando esta voz en una acepción indigna, fuese inventada para engaño e ilusión de los hombres; ni que los antiguos cretenses y lacedemonios sustituyesen sin sobrado fundamento, en vez de la trompeta, la flauta y las canciones, para animar a los soldados a la guerra; ni que los primeros arcadios, en lo demás tan austeros, dispensasen sin motivo tanto honor a la música en su República, que quisiesen no sólo la mamasen con la leche los niños, sino que la ejercitasen los jóvenes hasta los treinta años. Es público y notorio que casi sólo en la Arcadia es donde se acostumbra a los niños por las leyes a cantar desde la infancia himnos y canciones, con que se celebran al estilo del país sus héroes y dioses patrios; que instruidos en los tonos de Filóxeno y Timoteo, todos los años por los bacanales danzan con mucha emulación al son de flautas en los teatros, y se ejercitan los niños en juegos de niños, y los jóvenes en juegos de hombres. Igualmente durante todo el transcurso de la vida en los entretenimientos de sus convites, no hacen tanto aprecio de las recitaciones estudia-

das como de la primacía del canto en que van turnando. No reputan por vergonzoso confesar que ignoran las otras ciencias, pero no pueden negar que saben cantar, porque a todos obliga la ley; ni excusarse con decir que lo saben, porque esto se tiene por indecoroso. Estos ejercicios al son de la flauta según las reglas del arte, y estas danzas dirigidas y costeadas por el público, en que se emplean los jóvenes todos los años en los teatros, dan una idea de sus talentos a sus conciudadanos.

En mi concepto, esto lo instituyeron nuestros mayores, no por afeminación y deleite, sino por consideración a la laboriosidad de los arcadios; y en una palabra, a su vida penosa y dura. Consideraron la austeridad de sus costumbres, y que ésta provenía del frío y triste aire que generalmente se respira en aquel país, con el cual se han de conformar por precisión las inclinaciones del hombre. Ésta y no otra es la causa porque, a proporción de la mayor distancia que hay entre las naciones, es también más notable la diferencia de unas y otras, en costumbres, rostros, colores y mayor parte de institutos. Convengamos, pues, que para dulcificar y morigerar este natural áspero y duro, introdujeron los ejercicios mencionados; que a este fin instituyeron asambleas y sacrificios públicos, igualmente para hombres y mujeres, y danzas para niños de uno y otro sexo; y para ahorrarme de razones, que con este intento pensaron todos los medios, para que lo desabrido de su genio se civilizase y domesticase con la cultura de las costumbres.

He aquí por qué abandonados del todo estos consejos por los cinetenses, cuando era el pueblo que más necesitaba de este lenitivo, por respirar un aire y ocupar un terreno el más desapacible de la Arcadia, se entregaron a las disputas y mutuas contestaciones; y finalmente llegó a tanto su fiereza, que en ninguna otra ciudad de Grecia se cometieron crueldades mayores ni más frecuentes. Prueba de la infelicidad de los cinetenses por cuanto a esto se refiere y de la detestación que el resto de la Arcadia tenía a sus institutos es que, después de una carnicería semejante, cuando enviaron legados a Lacedemonia, en todas las ciudades de la Arcadia donde penetraron durante su marcha se les intimó al instante que se retirasen. Aun más hicieron los mantinenses: se purificaron después de su salida y condujeron víctimas en sacrificio alrededor de su ciudad y territorio.

Hemos apuntado estas reflexiones para que ningún otro pueblo vitupere las costumbres públicas de los arcadios; también, para que algunos habitantes de la Arcadia no estén en el entender que la profesión de la música es un acto de supererogación entre ellos, y se atrevan a despreciar este arte; finalmente, para corrección de los cinetenses, y para que, si Dios algún día se lo permite, se conviertan a aquella educación que puede humanizar su carácter, y sobre todo a la música. Éste es el único antídoto capaz de despojarles de su antigua barbarie. Mas ahora, expuestas las desgracias de los cinetenses, tornaremos a tomar el hilo de la historia.